

‘LA CIUDAD’ DE PAREDES DE NAVA Y EL PROBLEMA DE LA IDENTIFICACIÓN DE LA *INTERCATIA* VACCEA*

F. JAVIER ABARQUERO MORAS
Universidad de Valladolid

F. JAVIER PÉREZ RODRÍGUEZ
Museo de Palencia

Hace ahora 50 años que F. Wattenberg ponía las bases para el estudio de una región vaccea hasta el momento prácticamente inédita. En aquellas fechas, escrutando las fuentes clásicas y los datos arqueológicos el investigador vallisoletano redactó un corpus documental que todavía hoy muestra un destacado interés científico. Sin embargo, quizás como consecuencia de los escasos resultados de las excavaciones llevadas a cabo poco antes desde el mismo Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, Paredes de Nava no merece de D. Federico más que una breve referencia a una de sus téseras de hospitalidad y a la presencia en su suelo de cerámicas indígenas y romanas (Wattenberg, 1959: 122). Tal desinterés por parte del que podemos considerar el padre de la Arqueología Vaccea y su exclusión del listado de posibles identificaciones de ciudades indígenas puede estar en la base del inmerecido olvido en el que durante las últimas décadas ha permanecido sumido el yacimiento de La Ciudad. El principal objetivo de este estudio preliminar no es otro que, aprovechando la oportunidad que se nos brinda en este más que merecido homenaje a F. Wattenberg, recuperar del olvido una importante ciudad vaccea, luego romanizada, que por sus

* Este trabajo se ha desarrollado en el marco del Proyecto de Investigación de I+D+i (2004-2007) *Vacceos: identidad y arqueología de una etnia prerromana en el valle del Duero* (HUM2006-06527/HIST), de la Dirección General de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia.

dimensiones y por su desarrollada estructuración interna, así como por la destacada importancia de los hallazgos en ella recuperados, debió ser una de las más boyantes entre las que se encontraron los ejércitos romanos a su llegada a las tierras del interior de la Meseta. Más allá de su vinculación o no con alguna de las urbes citadas en las fuentes, *La Ciudad* —cuyo topónimo traslada en una palabra toda su realidad arqueológica—, merece estar a partir de ahora presente en cualquier foro en el que se debata sobre el mundo vacceo o se discuta sobre la segunda Edad del Hierro y la romanización de la cuenca del Duero.

Historia de la Investigación Arqueológica

El conocimiento de La Ciudad de Paredes de Nava ha pasado por diferentes momentos desde que, en fecha muy antigua, se tuviera noticia de la existencia de importantes restos arqueológicos bajo su suelo. El tratamiento que del yacimiento han hecho los investigadores ha sido sin embargo muy desigual, aunque siempre somero y nunca proporcional a sus dimensiones o a lo excepcional de alguno de los hallazgos allí reconocidos. Pese a ello consideramos necesario iniciar este estudio con un pequeño repaso documental e historiográfico¹ que podemos dividir en tres fases: una primera que va desde la formación de las primeras colecciones en la segunda mitad del siglo XIX hasta la publicación del Catálogo Monumental de 1932; una segunda etapa entre esta última fecha y 1959, momento en el que aparecen las primeras investigaciones modernas, y la tercera, que abarca los últimos 50 años y en la cual predominan los estudios de hallazgos aislados y descontextualizados.

Primera Etapa, desde la formación de las primeras colecciones hasta 1932

Es muy probable que desde tiempos remotos las gentes que habitan el entorno hayan tenido noticia de hallazgos representativos de épo-

¹ En esta tarea hemos de reconocer la aportación de D. José Herrero Vallejo, Presidente de la Asociación Cultural *En Busca de Intercatia*. Gracias a su insistencia, a su tesón y a su poder de persuasión se ha iniciado este proyecto. Suyo es también el mérito de involucrar en el mismo tanto al personal técnico del Museo de Palencia, como a las instituciones que apoyan y financian la investigación: Ayuntamiento de Paredes de Nava y Diputación Provincial de Palencia. Quede aquí reflejado nuestro agradecimiento.



Fig. 1. Situación del yacimiento La Ciudad y de los principales asentamientos vacceos del sur de la provincia de Palencia.

cas pretéritas en el yacimiento, sospechando por ello la existencia allí de una ocupación antigua y permitiendo la transmisión de un topónimo tan significativo como el de *La Ciudad*. Sin embargo es a partir de la segunda mitad del siglo XIX cuando se inicia su verdadero descubrimiento como hito arqueológico, pues es en este momento cuando se comienzan a formar las colecciones privadas de objetos romanos y prerromanos. Entre los años 1860 y 1870 se produce en el entorno un fenómeno económico peculiar que consistía en la búsqueda de huesos enterrados, ge-

neralmente humanos, para venderlos después a las fábricas productoras de fosfatos tricálcicos existentes en la región. Esta actividad tuvo sin duda un carácter nefasto para muchos yacimientos arqueológicos de la región que fueron removidos y estratigráficamente alterados en el transcurso de los trabajos. Sin embargo, en el caso de Paredes de Nava, la continua aparición de piezas de cierta vistosidad estética e, incluso, de algunos ejemplares fabricados en metales nobles, tuvo como consecuencia también despertar el interés de ciertos aficionados y eruditos locales que, directamente o a través de intermediarios, lograron hacerse con importantes colecciones arqueológicas de indudable valor científico.

Una de estas colecciones es la del paredño D. Ramón Ortiz de la Torre, atesorada entre 1868 y 1900 y de cuya existencia deja testimonio en un manuscrito (Ortiz, 1902) donde hace relación de sus hallazgos incluyendo el dibujo de un buen número de ellos. El repaso de tan interesante documento nos ha permitido por un lado comprobar la generosidad con la que el yacimiento entregaba materiales arqueológicos, y por otro la identificación de algunas piezas hoy depositadas en el fondo antiguo del Museo de Palencia. De esta misma época y seguramente también con una procedencia similar son las colecciones de D. Lorenzo González Arenillas, que tuvo en su poder la primera de las téseras de hospitalidad encontrada en 1868 y hoy desaparecida, y la del párroco D. Sebas María de Castro. Un origen más confuso pero con fechas muy parecidas tendrían los objetos paredños pertenecientes a la colección Villanova (Taracena, 1947) que terminarían formando parte de los fondos del Museo Arqueológico Nacional.

La primera noticia impresa sobre piezas arqueológicas procedentes de La Ciudad se fecha en 1871, en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (nº 16, p. 250), dentro del apartado correspondiente a las Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional. En este punto se da breve cuenta de la entrada en dicha institución de una amplia colección de objetos —hachas de piedra, lucernas, *pondus*, agujas, estilos, cucharillas de hueso, fibulas, pendientes, etc.— entregados por los Sres. Salas y Salas Díez, todos ellos procedentes del “...sitio que ocupó la población romana llamada Intercatia, en el término de la villa de Paredes de Nava, provincia de Palencia, conocido hoy por La Ciudad...”. Al año siguiente E. Hübner, autor del CIL (*Corpus Inscriptionum latinarum*) da a conocer la tésera de hospitalidad de González Arenillas (Hübner, 1872:

45-47), la cual se fecha en el año 2 de nuestra era y menciona el gentilicio *intercatiense*. En 1874 Becerro de Bengoa dice en su *Libro de Palencia* que es Paredes de Nava "...uno de los pueblos que más hallazgos han dado...", aunque sin precisar su naturaleza. Pero es sin duda la publicación del Padre Fidel Fita en 1888 (*Boletín de la Real Academia de la Historia, Cuaderno V*) la noticia que coloca el yacimiento de La Ciudad en el punto de mira de los investigaciones. Este religioso nos habla en aquel momento de la tésera hallada en 1968 y de un nuevo documento del mismo tipo, esta vez sobre un soporte de bronce con forma de manos (Fig. 5:1). De ellas dice que fueron "encontradas en Paredes, en la Ciudad, cerro situado a un kilómetro al oriente del cerco de la población, cuajado de ruinas romanas y monumentos protohistóricos".

En el primer tercio del siglo pasado, sin embargo, las referencias bibliográficas a La Ciudad y a sus hallazgos son muy escasas, pudiendo destacar únicamente el empeño de algunos autores por demostrar la relación del yacimiento con la antigua ciudad de *Intercatia*, como ocurre con el R.P. Leonardo Cardeñoso (1926).

Segunda Etapa, del Catálogo Monumental a la Región Vaccea de Wattenberg (1932-1959)

En 1932 Navarro publica el Catálogo Monumental de la provincia de Palencia haciéndose eco, como no podía ser de otra forma, de la riqueza en hallazgos arqueológicos procedentes de La Ciudad. De ella dice (Navarro, 1932:88-99) que es ciudad ibero-romana y que en su suelo aún perduran cimientos, murallas y tapiales, así como una cantidad incalculable de restos óseos, cerámicos y metálicos de diversas épocas.

La proliferación de hallazgos y su riqueza y variedad movieron entonces al Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid a incluir el yacimiento en sus planes de excavaciones arqueológicas. Estas, que fueron efectuadas por G. Nieto en 1942, no resultaron del todo satisfactorias, o al menos no cumplieron las expectativas de su director, razón por la que no son objeto más que de un somero informe (Nieto, 1941 y 1942-43) en la revista universitaria de su departamento en el que únicamente se da cuenta de "la pobreza de hallazgos conseguidos..., por lo removido y agotado del yacimiento". En esta publicación se presenta, sin embargo, toda una serie de fotografías

y dibujos de objetos procedentes del yacimiento y, en su mayoría, de la colección Ortiz. Poco más tarde es B. Taracena (1947) quien da cuenta en una nota sobre las adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional de la ya mencionada colección Vilanova y de los objetos paredños que la integran. También Wattenberg (1959: 122, tabla XVII), como hemos mencionado al principio del texto, menciona brevemente el yacimiento de Paredes reproduciendo además unas bolas de barro recogidas en su suelo.

Tercera Etapa, el estudio de materiales descontextualizados (1959-1999)

Los raquíuticos resultados obtenidos en las excavaciones de G. Nieto fueron quizás la causa de que se produjera un paulatino “olvido” de La Ciudad por parte de los investigadores, quienes sin embargo no dejaron de aprovechar algunos de los hallazgos, nuevos o de las viejas colecciones, para presentar pequeños ensayos tipológicos. Estos trabajos, específicos o dentro de estudios generales sobre determinados modelos o producciones, tienen el valor de mantener latente el interés que suscita el yacimiento, puesto que muchos de ellos versan sobre piezas nada habituales en los repertorios arqueológicos, incluso excepcionales o únicas; razón suficiente para seguir sospechando, pese a la ausencia de contextos estratigráficos originales, una importancia sobresaliente y un soberbio potencial patrimonial del yacimiento.

Entre los materiales objeto de publicación podemos destacar dos pendientes de oro y varias figurillas de bronce dados a conocer por Palol (1963, 1967 y 1967-68), los mangos con cabeza de toro dibujados por Shüle (1969), nuevos bronceos romanos aborados por Elorza (1975), algunas fíbulas de esquema La Tène y una cajita celtibérica (Moure y Ortega, 1981), dos magníficas panteras de bronce y un gladiador de hueso (García *et alii*, 1987), así como diferentes colecciones de *terra sigillata* y sellos de alfarero (Garabito *et alii*, 1989; Pérez y Fernández, 1989). El último ejemplo de esta manera de proceder lo encontramos en el artículo de Castellano y Gimeno (1999) en el que ven la luz dos nuevas téseras de hospitalidad procedentes de La Ciudad, una de ellas otra vez con el gentilicio *intercatiense*.

También de esta época datan estudios genéricos en los que se menciona la ocupación vacceo-romana de La Ciudad, empezando por la His-

toria de Paredes de Nava redactada por T. Teresa León (1968: 21), quien también sitúa la *Intercatia* de las guerras numantinas en el campo de Paredes. Otras obras citan este lugar en medio de discursos más amplios, caso de R. Pérez Centeno (1990: 718) al hablar del poblamiento romano en Palencia durante el siglo III, o Martín Valls (1984: 35, 43 y 44) y L. Balmaseda (1984: 92) en sus respectivos capítulos de la Historia de Palencia dirigida por J. González, así como L. Sagredo y S. Crespo (1978: 138-139, 141-142, 159 y 161) cuando repasan la epigrafía de la provincia de Palencia, o J.M. Solana (1990: 638, 648-652) al describir el proceso de integración de la misma en la provincia Citerior.

Todos los estudios mencionados nos permiten en la actualidad contar con un *corpus* documental de cierta amplitud aunque muy lastrado hasta el momento por una gran dispersión y carente de un discurso unitario y ordenado. Destacan buenos estudios puntuales sobre piezas de carácter excepcional, pero faltan análisis de conjunto que valoren la realidad arqueológica de La Ciudad en su justa medida.

Descripción del asentamiento

El yacimiento se encuentra a kilómetro y medio al Este de la localidad de Paredes de Nava. Se emplaza en el borde occidental de un páramo que separa las cuencas del río Carrión y de la antigua Laguna de la Nava (Fig. 1). Desde su posición estratégica se controla la amplia depresión surcada por multitud de pequeños arroyos que desembocan en los ríos Retortillo y Valdeginete, así como en la mencionada zona lacustre desecada en los años sesenta del siglo XX (Fig. 2). Por su flanco Oeste el emplazamiento destaca cincuenta metros de la llanura que se extiende por la vega de la Nava, de la que se individualiza por una potente y empinada ladera, mientras que por el Este se extiende en una llanura ondulada y surcada por diferentes arroyos que desembocan en el río Carrión, destacándose perfectamente el emplazamiento gracias al arroyo de la Ciudad o de la Corredera, que evacua las aguas de dos de las tres tojas que hay en el borde oriental del yacimiento —Toja de la Ciudad, Toja Solapa y Toja Zulema— y que aún hoy en día conservan agua prácticamente durante todo el año. Por el Sur los restos de la ocupación se detienen en la ladera del páramo y en la vaguada que aprovecha la carretera que conduce a Villaldavín. Por el Norte, por último, la delimita-

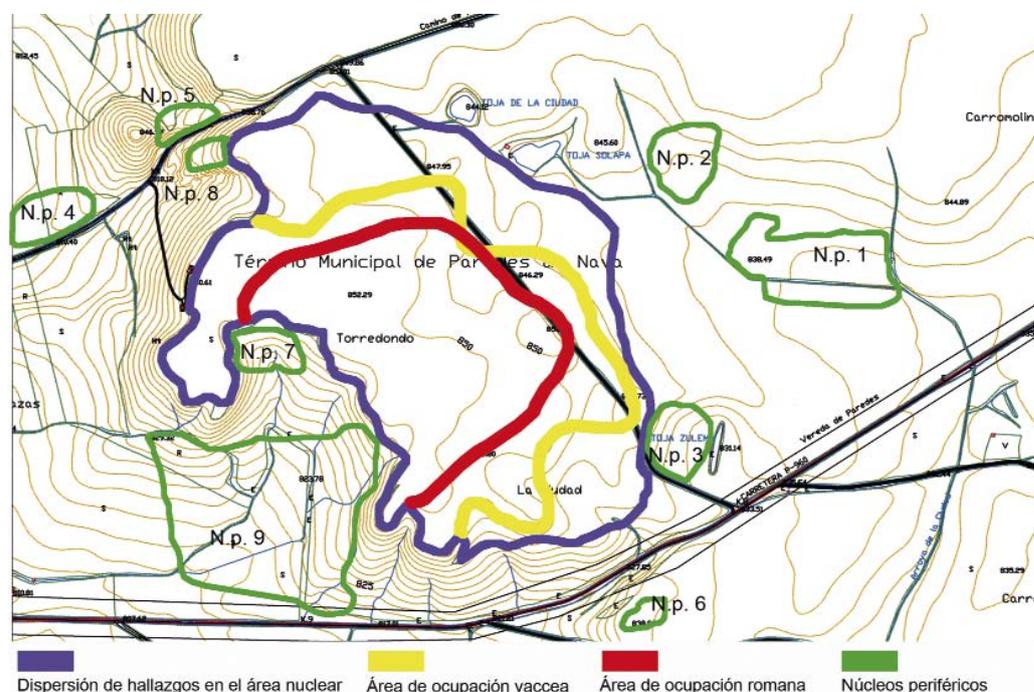


Fig. 2. La Ciudad y sus distintas áreas de ocupación.

ción geográfica del enclave resulta más compleja, ya que la llanura del páramo continúa un kilómetro más hasta la carretera a Villoldo, mientras que los hallazgos sólo alcanzan el camino de Perales, pudiéndose concretar este límite en una antigua y profunda torrentera que evacuaba las aguas de la Toja de la Ciudad en el arroyo de los Tejares y que debió ser colmatada durante las labores de concentración parcelaria, pues es bien visible en la fotografía aérea del año 1956.

Así pues nos encontramos ante un emplazamiento destacado sobre el terreno, en lugar prominente y diferenciado en el borde del páramo, con una superficie más o menos horizontal aunque amenizada por suaves ondulaciones y sobre un terreno arcillo-arenoso con cantos cuarcíticos de origen vindoboniense. Pero ¿cuáles son los límites reales del yacimiento arqueológico? La respuesta a esta comprometida pregunta puede ensayarse únicamente tras un pormenorizado estudio de la dispersión de los restos materiales. A partir de la reciente prospección superficial de carácter intensivo llevada a cabo sobre el terreno, y a falta del procesado de los datos definitivos, podemos ahora apuntar la existencia por un lado de un área nuclear situada en lo alto de la meseta del

páramo, la cual parece corresponderse con el espacio urbano del asentamiento principal y que en líneas generales coincide con la delimitación ya expuesta, y por otro con nueve núcleos periféricos situados a su alrededor de muy diferente entidad (Fig. 2).

El foco central se sitúa en la parte alta del yacimiento, entre el borde de páramo por el Oeste, el camino a Perales por el Norte, la zona de las tojas por el Este y la carretera a Villaldavín por el Sur, alcanzando una superficie máxima de unas 50 ha. Pese a ello, y según puede intuirse a partir del análisis de la orografía y la topografía, es muy posible que los límites del área urbana no sobrepasaran las 35 ha en los momentos de mayor desarrollo. Siguiendo los datos obtenidos de la dispersión de los hallazgos parece claro que la ocupación vaccea es la de mayor intensidad y desarrollo espacial, ya que sus restos se reparten con un alto grado de intensidad por los bordes norte, este y sur del yacimiento. Por el contrario en la zona central y en una superficie en torno a las 19 h., se produce la concentración de la mayoría de los restos de cronología romana, lo que se puede traducir en términos secuenciales atribuyendo a esta última ocupación, que cubre los niveles vacceos, una extensión ciertamente menor.

Consultando la fotografía aérea del vuelo americano de 1956 se pueden comprobar algunas modificaciones sustanciales del terreno debidas a la concentración parcelaria realizada en la zona. Como ejemplo podemos recordar la mencionada cárcava o torrentera existente junto al camino de Perales y que podría haber limitado el área nuclear por el Norte. Del mismo modo se observa la existencia de otro camino que discurría más o menos en paralelo entre el camino de Perales y el de Villaldavín, ascendiendo luego por la ladera a través de un ligero entrante en el borde del páramo —en una zona muy próxima a la actual ubicación de dos grandes antenas—, lo que nos hace sospechar que pudo en su día tratarse de uno de los accesos en embudo a la ciudad. En otro punto, usando nuevamente la misma planimetría, hemos comprobado la existencia de un ligero alomamiento longitudinal que coincide con lo que intuimos debería ser el límite oriental de la ciudad vaccea. Por otro lado, en lo alto del páramo y uniendo los caminos de Perales y Villaldavín discurría otra senda, muy próxima al trazado de la pista actual, que describe un gran arco coincidente con lo que pensamos delimitaba el asentamiento en época romana por su flanco Este.

² Vuelo Americano.

También la fotografía aérea contribuye a la definición del entramado urbano de La Ciudad. Tras los vuelos de 1995, 2001 y 2007, realizados por Julio del Olmo, se puede intuir una zona central vacía, quizás un espacio público, y al menos dos áreas de concentración de posibles calles y viales más o menos ortogonales y paralelos a las lindes de las parcelas, situadas en los tercios sur y norte del yacimiento. También se observa en estos fotogramas una zona localizada en el borde nororiental donde parece intuirse una muralla con foso, curiosamente retranqueada con respecto a la antigua torrentera que hemos propuesto como límite septentrional del asentamiento vacceo. Gran parte de estos datos sobre la estructuración interna del enclave se han visto corroborados recientemente gracias a la prospección geomagnética³. Los datos obtenidos por este método, pese a su parcialidad, vienen a coincidir sensiblemente con los de la fotografía aérea y permiten asegurar la presencia de una gran muralla con dos lienzos y dos fosos paralelos, una entrada abierta hacia el interior y un complejo entramado de estructuras internas organizadas en torno a las calles entre las que se incluye un edificio de grandes dimensiones situado en la zona central.

Además del área nuclear del asentamiento hemos identificado una serie de núcleos periféricos que varían en intensidad, dimensiones y características arqueológicas (Fig. 2). Los de mayor tamaño son el 1, 2 y 9, el primero de los cuales podría corresponderse con un área de necrópolis vaccea a juzgar por el tipo de hallazgos metálicos allí localizados —puntas de lanza, puñales tipo Monte Bernorio, etc.—. La abundante presencia de restos constructivos en el segundo, piedras calizas cuadradas y tejas, nos hace pensar en algún tipo de enclave habitacional o artesanal de época vaccea al margen del núcleo principal. Por su parte el número 9, de mucha mayor extensión, muestra una presencia casi exclusiva de material vacceo en su mitad norte, ocupando parte de tierras de labor y ladera; mientras que en su mitad meridional los restos son de clara cronología romana, llegando en este caso hasta el borde de la carretera de Villaldavín, lugar donde se puede comprobar la existencia de niveles cenicientos en la cuneta. De tamaño menor pero claramente independientes del área nuclear son los núcleos 4 y 5, situados al norte y

³ La campaña de prospección mediante un magnetómetro de cesio de dos sensores fue llevada a cabo por H. Becker a principios de Septiembre de 2009. Los resultados, que por el momento sólo afectan a una parte reducida del yacimiento, se encuentran a la hora de redactar estas líneas en proceso de elaboración. Agradecemos aquí la labor del Sr. Becker, así como la de su equipo formado por Jaime Gutiérrez Pérez y Beatriz Tejerina.

junto al camino de Perales. En ambos casos se identifican claramente por un manchón ceniciento del terreno y en el segundo de ellos por el afloramiento de la estratigrafía en un corte realizado a orillas del camino. En estos sectores aparecen materiales vacceos y romanos, habiéndose documentado un pie anular de cerámica a mano en el número 4 que nos podría remitir a la primera Edad del Hierro. Por su parte los núcleos que hemos individualizado como 3, 8 y 7 pueden considerarse como zonas de vertedero o acumulaciones motivadas por la erosión, ya que se encuentran próximas al área nuclear y en ladera; sin embargo, no debemos descartar que bajo la vegetación silvestre que tapiza la zona no se esconda un primigenio asentamiento de la primera Edad del Hierro si tenemos en cuenta que en esta zona apareció una gran vasija tipo orza de clara ascendencia soteña (Amo y Pérez, 2006: 43).

Un repaso a los materiales arqueológicos

Una de las ventanas por la que asoma el verdadero potencial arqueológico de La Ciudad de Paredes de Nava es precisamente la riqueza y variedad de las colecciones arqueológicas que generosamente y a lo largo de más de un siglo ha ido entregando. Ciertamente que en su mayoría, y principalmente en lo que se refiere a los elementos más significativos, las piezas han sido recuperadas fuera de todo control arqueológico, faltando por lo tanto cualquier referencia a los contextos estratigráficos originales. Tal circunstancia, que endeuda la fortuna de tan ricos testimonios, no impide pese a todo utilizarlos como medio de acercamiento a la realidad histórica del yacimiento, ni obstaculiza por completo la posibilidad de encuadrarlos tipológica y cronológicamente en el decurso de su ocupación. Proceden los hallazgos a los que nos referimos de diferentes colecciones privadas y sobre todo de la formada por D. Ramón Ortiz de la Torre a finales del siglo XIX y de la donada por D. Gaspar Gómez Guijas en los últimos años del siglo pasado⁴. Otros pe-

⁴ La mayor parte de estas piezas se encuentra hoy en el Museo de Palencia, aunque también nos ocuparemos de algunos ejemplares localizados en el Museo Arqueológico Nacional, así como de otros publicados y pertenecientes a colecciones particulares. Una selección de objetos se presenta en las figuras 3, 4, 5 y 6. Los dibujos son obra de Julián Rodríguez Díez (Fig. 3:1 a 6; fig. 4:6 a 12 y 14) y de Samuel Caumont (resto, salvo fibulas zoomorfas de la figura 4). Julián nos dejó el año pasado, pero sus dibujos y su recuerdo permanecerán imborrables en la memoria de quienes tuvimos la suerte de compartir su amistad.

queños conjuntos menos llamativos y formados sobre todo por material cerámico fragmentado, se deben a prospecciones superficiales y a una intervención muy puntual en Torredondo consistente en la limpieza de un corte estratigráfico⁵.

El verdadero valor de los materiales reconocidos no está, pese a todo, en su mayor o menor espectacularidad, sino en las posibles implicaciones que de su estudio podamos obtener. Cada pieza o cada conjunto de ellas cuenta su propia historia y nos ayuda a descifrar principalmente los diferentes momentos en los que el yacimiento permanece ocupado, pero también la existencia de contactos específicos con otros territorios, el peso y el poder económico de La Ciudad, así como —aunque esto resulte más complicado no es imposible— las relaciones sociales y políticas de sus habitantes. Baste recordar para este último caso la documentación de varias téseras de hospitalidad (Castellano y Gimeno, 1999; Amo y Pérez, 2006: 68-70).

Pasando ahora por alto la constatación de materiales propios de la Edad del Bronce en el yacimiento —como una punta de lanza inédita de la colección Ortiz, de hoja triangular y sección rómbica, a la que le falta el tubo de empuje (Fig. 3: 1)— y reconociendo también la presencia de especies cerámicas inequívocamente asimilables al período de la primera Edad del Hierro⁶ hemos de centrarnos en los productos que caracterizan la ocupación vaccea del yacimiento. Entre todos ellos es, como no podía ser de otra manera, la cerámica torneada de pastas anaranjadas y pintada con motivos geométricos el elemento que mejor identifica el momento. Dentro de este conjunto ha llamado la atención la presencia de copas de alto fuste moldurado y fondo con decoración pintada interior, a la vez que algunos bordes de grandes contenedores. Por lo demás, en la revisión hecha de los fondos del museo se han hallado típicos bordes vueltos en “cabeza de pato”, nuevas copas y algún embudo, recipientes a los que hay que añadir algunos ejemplos de pesas de telar prismáticas, varias canicas o bolas decoradas con líneas de puntos y una ficha circular.

⁵ Esta excavación fue efectuada por C. Lión Bustillo, arqueóloga del Servicio Territorial de Cultura de Palencia en 1990. No se han localizado, sin embargo, las piezas recuperadas en las viejas excavaciones de G. Nieto.

⁶ Una gran vasija de almacenamiento carenada y con las superficies muy bruñidas se expone en el propio Museo de Palencia.

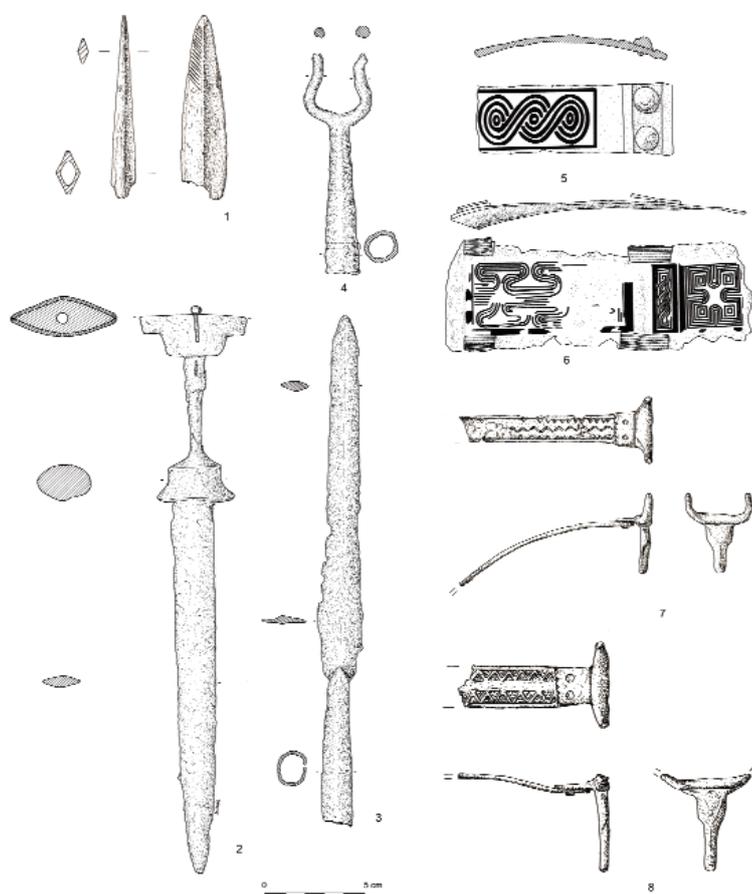


Fig. 3. Objetos arqueológicos procedentes de La Ciudad: de hierro (nº 2-6) y de bronce (nº 1, 7 y 8).

Más allá de estas muestras cerámicas y de una cuenta de collar de pasta vítrea, son los objetos metálicos los más frecuentes en las colecciones particulares estudiadas, tanto en hierro como en bronce. Entre los primeros es obligado detenerse en determinados ajuares de guerrero, caso de dos buenos ejemplares de punta de lanza (Fig. 3: 3) con empuñadura tubular del tipo hoja de sauce, un modelo que parece desarrollarse a lo largo de todo el periodo. También los puñales de tipo Monte Bernorio se ven representados en La Ciudad por una pequeña daga (Fig. 3: 2) que no conserva la vaina pero sí las piezas naviformes del pomo y de la guarda, así como las varillas férreas de la empuñadura y una hoja triangular alargada. La ausencia del estuche y su descontextualización complican el establecimiento de una cronología precisa, pero el escaso

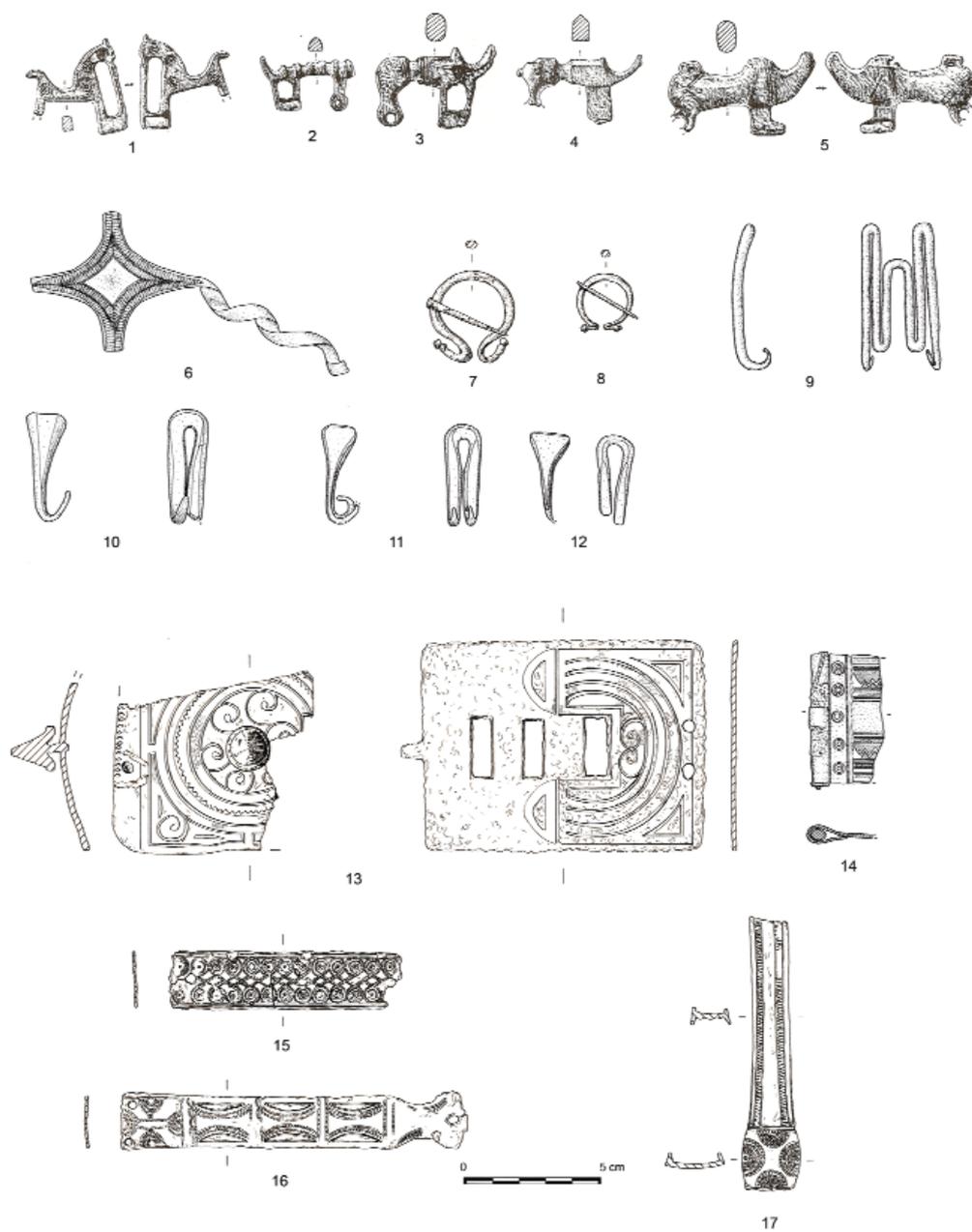


Fig. 4. Objetos arqueológicos procedentes de La Ciudad. (Los nº 1-5 según Moure y Ortega, 1981).

desarrollo del pomo apunta hacia las fases formativa o de desarrollo definidas por Sanz Mínguez (1997: 427-439), lo que nos situaría en torno al siglo IV a.C. Muy interesantes resultan asimismo otras piezas que igualmente se asocian al equipamiento de la élite guerrera en sus ajuares funerarios. Así ocurre con dos placas férreas que han sido interpretadas como partes de un cinturón de bisagra en un caso (Fig. 3: 6) y de un tahalí en el otro (Fig. 3: 6), con una decoración geométrica a base de motivos cruciformes, trenzados y nudos de Salomón dorados⁷. De hierro es también un elemento de empuñadura tubular y rematado en horquilla (Fig. 3: 4) que se puede interpretar como un báculo de distinción o como una insignia militar relacionada con la casta ecuestre. Nuestro ejemplar, de 112 mm de largo por 35 mm de ancho, muestra un prolongado chuzo y la horquilla en forma de herradura con brazos simples. Se trata de un tipo sencillo, sin los motivos figurativos —cabezas humanas o prótomos de caballo— presentes en los ejemplares numantinos (Jimeno *et alii*, 2004: 163-170).

La metalurgia del bronce se reserva para los objetos suntuarios y para los complementos de la vestimenta. Son habituales varios tipos de fíbulas características de la segunda Edad del Hierro, destacando un ejemplar de doble resorte con puente cruciforme decorado que nos remite a fechas al menos de la primera mitad del siglo IV a.C. (Fig. 4: 6); algún modelo de anular hispánica, de amplia proyección espacial y temporal; otras de apéndice de torre y de doble prolongación fechadas entre los siglos III y I a.C., y al menos cinco ejemplares de esquema La Tène evolucionado en su modalidad zoomorfa, cuatro de ellas en forma de verraquillo (Fig. 4: 2-5) y otra representando un esquemático caballito (Fig. 4: 1) (Moure y Ortega, 1981). El último de los ejemplares, que se halla decorado con círculos troquelados y trazos a modo de crin, se puede fechar entre los siglos III y II a.C. y, a decir de algunos investigadores (Sanz, 1997: 380), debe ser igualmente asociado a los grupos de la élite guerrera. De cierto significado simbólico debió gozar también otro broche en forma de prótomo de caballo muy estilizado, expuesto en

⁷ El motivo cuadrangular cuartelado de la placa más grande encuentra un magnífico paralelo en lo que Cabré dice es parte de un puñal de tipo Monte Bernorio de La Osera (Cabré, 1931: Lam. IV.1), razón por la que nos hemos planteado la posibilidad de que esta pieza pudiera pertenecer en realidad a la parte ancha y superior de una vaina de este modelo de daga. El motivo de nudos de Salomón de la segunda pieza se repite en otro tahalí de la misma necrópolis (*Ibidem*: Lam. IV. 3).

la vitrina nº 22 del Museo de Palencia, el cual encuentra un magnífico paralelo en el ejemplar áureo e interpretado como un prendedor de pelo procedente de Saldaña (Amo y Pérez, 2006: 58). A su lado debemos mencionar las características grapas amorcilladas (Fig. 4: 10-12), posiblemente relacionadas con vestimentas femeninas, o algunos alambres retorcidos que a veces se interpretan como parte de pectorales de carácter decorativo (Fig. 4: 9).

También en aleación de bronce se ha localizado un broche de cinturón de tipo ibérico (Fig. 4: 13) del cual se conserva la placa hembra completa y una parte importante del elemento activo. La primera tiene forma cuadrangular, tres perforaciones rectangulares en la zona central y decoración de motivos incisos geométricos —ultrasemicírculos concéntricos, triángulos en las enjutas, segmentos y una pelta— con restos de damasquinado de láminas de plata entre los surcos. El elemento activo ofrece un botón cónico en torno al cual se organiza una decoración incisa a base de círculos concéntricos y espirales con restos de lámina de plata similares a los del elemento anterior. El modelo encaja en la serie 6ª de Cabré (1937), aunque el aspecto astral ofrecido por los radios enrollados de la placa macho lo acerca a la serie 8ª del mismo autor. Su inspiración original se encuentra en tierras ibéricas aunque parece que el modelo es reinterpretado por los artesanos meseteños. No son muy frecuentes en el área duriense, aunque de forma esporádica aparecen en la necrópolis de Padilla y, con una mayor representación, en la de Numancia y en otras de la parte occidental de la Meseta. Son fechados por Sanz a finales del siglo IV y principios del III a.C. y en Numancia se asocian a los ajueres de guerrero, algo que ya había anunciado Cabré tras identificar estas hebillas en pequeñas figuras de bronce ibéricas halladas en Andalucía (Cabré, 1937; Sanz, 1997: 392-393; Jimeno *et alii*, 2004: 202-203). Otro pequeño fragmento de placa de cinturón se puede vincular al tipo Bureba tal y como indica la presencia de escotaduras, una modalidad mucho más habitual en los contextos vacceos y muy presente en cementerios como el de Las Ruedas de Padilla de Duero (Sanz, 1997: 381-392). Dentro de los elementos de cinturón nos encontramos también con el extremo de una placa de bisagra de forma rectangular, decorada con círculos concéntricos troquelados y bandas longitudinales rectas y de ziz-zag (Fig. 4:14), un tipo para el cual se ha propuesto un desarrollo durante los momentos plenamente celtibéricos, alcanzando incluso el siglo I. d.C. (Sanz, 1997: 393).

Un significado especial han de tener, sin duda, los remates bronceos en forma de cabeza de toro que fueron dados a conocer en su día por Schüle (1969: Taf. 164) y que se encuentran entre los fondos del Museo de Palencia (Fig. 3: 7 y 8). Se trata de nueve ejemplares que representan esquemáticamente la testuz de un bóvido, señalando fundamentalmente los cuernos y el hocico. Todos ellos muestran una pestaña perpendicular con orificios para remaches y en dos casos conservan parte de la cinta metálica a la que van unidos decorada con un motivo de zigzag en relieve. Esta circunstancia y la aparición de piezas similares en contextos cementeriales permite identificarlos como mangos de *simpula* o cacitos de uso ritual dentro de ceremonias sociales, de culto o funerarias. Se pueden incluir en el Tipo I definido por R. Martín Vals, un modelo denominado precisamente “*de Paredes de Nava*” por Schüle debido a estos ejemplares y que puede remontarse al s. III e incluso al IV a.C. (Martín Valls, 1990: 151-152).

En cuanto a los hallazgos monetarios de este momento, por último, habremos de recurrir al manuscrito de D. Ramón Ortiz de la Torre, donde se hace un pormenorizado inventario de las múltiples monedas por él recopiladas procedentes del yacimiento. Para el periodo prerromano, en el que cabe recordar no se acuñaba numerario en todo el territorio vacceo, describe un total de 45 monedas, la mayoría de las cuales podemos decir hoy, tras el cotejo de las descripciones y de los inventarios, se encuentra en los fondos del Museo de Palencia. Dentro del conjunto se distinguen 27 denarios de plata y 18 acuñaciones en bronce, en todos los casos con el tipo habitual que representa en el anverso una cabeza barbada y en el reverso un jinete generalmente con lanza. En el estudio de la colección ha reclamado de forma particular nuestra atención la variada representación de cecas, tanto celtibéricas como ibéricas, reconocidas en uno y en otro caso. Los ejemplares argénteos proceden de *Bolskan*, *Baskunes*, *Arsaos*, *Turiaso*, *Sekobirikes* y *Arekorata*. En cuanto a los de bronce tienen su origen en *Varakos*, *Sekia*, *Kelse*, *Oilaunu*, *Baskunes* y *Bilbilis*. Sin duda, tanta variedad y un número relativamente alto de piezas debe responder al destacado nivel económico de la ciudad ya en tiempos indígenas.

Como colofón a este rápido repaso de los materiales vacceos hemos de mencionar la presencia de piezas de orfebrería conocidas desde antiguo. Nos referimos a los ocho objetos de oro dibujados en el manuscrito de Ramón Ortiz —arracadas, colgantes y anillo—, de los

cuales cuatro —una placa, dos arracadas y un colgante— ingresarán en 1944 en el MAN (Taracena, 1947: 81), y a las dos arracadas áureas con apéndice en racimo dadas a conocer por Palol (1963).

Pese a haber centrado este trabajo en la fase vaccea del yacimiento, no podemos dejar de reconocer que entre las colecciones revisadas en el Museo de Palencia son sin embargo los materiales romanos los mejor representados. Además de una importante colección cerámica con representación de tipos tempranos importados, se cuenta con una riquísima muestra de elementos de bronce en la que se incluyen desde diferentes modelos de fibulas —en omega, de muelle interrumpido, de tipo *Auc-cisa...*— hasta el pequeño utillaje de uso doméstico o quirúrgico —cucharillas, removedores de perfumes y cajitas; un estilete, unas pinzas de depilar, sondas, escalpelos y un *strigile*; un mango de bisturí decorado con incisiones e hilos de plata, un remate en forma de prótomo de caballo y una llave con cabeza humana— (Fig. 6), pasando por pequeñas muestras de escultura, caso de un Neptuno fechado en el s. II d.C. (Elorza, 1975), un aplique circular con un bajorrelieve que representa una escena de *ludus gladiatorius*, un tosco verraquillo y un prótomo de toro que remata un enmangue heptagonal hueco (Fig. 5: 2, 3, 4, 5 y 6) (Amo y Pérez, 2006: 86-88).

No debemos acabar esta exposición sin traer hasta estas líneas, pese a ser una pieza repetidamente estudiada en distintas publicaciones, la tésera de hospitalidad de bronce que, procedente del yacimiento, se expone en una de las vitrinas del Museo de Palencia. Se trata de un pequeño ejemplar en forma de manos entrelazadas que recoge el pacto que firmó un personaje llamado *Caisaros* con una ciudad o una tribu denominada *Argailo* (Fig. 5: 1). La escritura es ya latina pero la lengua es celtibérica y la técnica de la inscripción mediante punteado característica de los documentos indígenas; argumentos entre otros que ayudan a proponer para este ejemplar una fecha en torno a principios del siglo I d.C. Tampoco debemos olvidar, pese a que hoy se encuentre en paradero desconocido, la existencia de otra tésera procedente de este yacimiento. En ella se redacta un pacto firmado el 4 de marzo del año 2 a.C. entre el intercatiense *Aces Licirnio* y la ciudad de *Pallantia* (Amo y Pérez, 2006: 68-70; Fita, 1888). A ellas se añaden más recientemente otros dos documentos de hospitalidad de reciente publicación (Castellano y Gimeno, 1999).

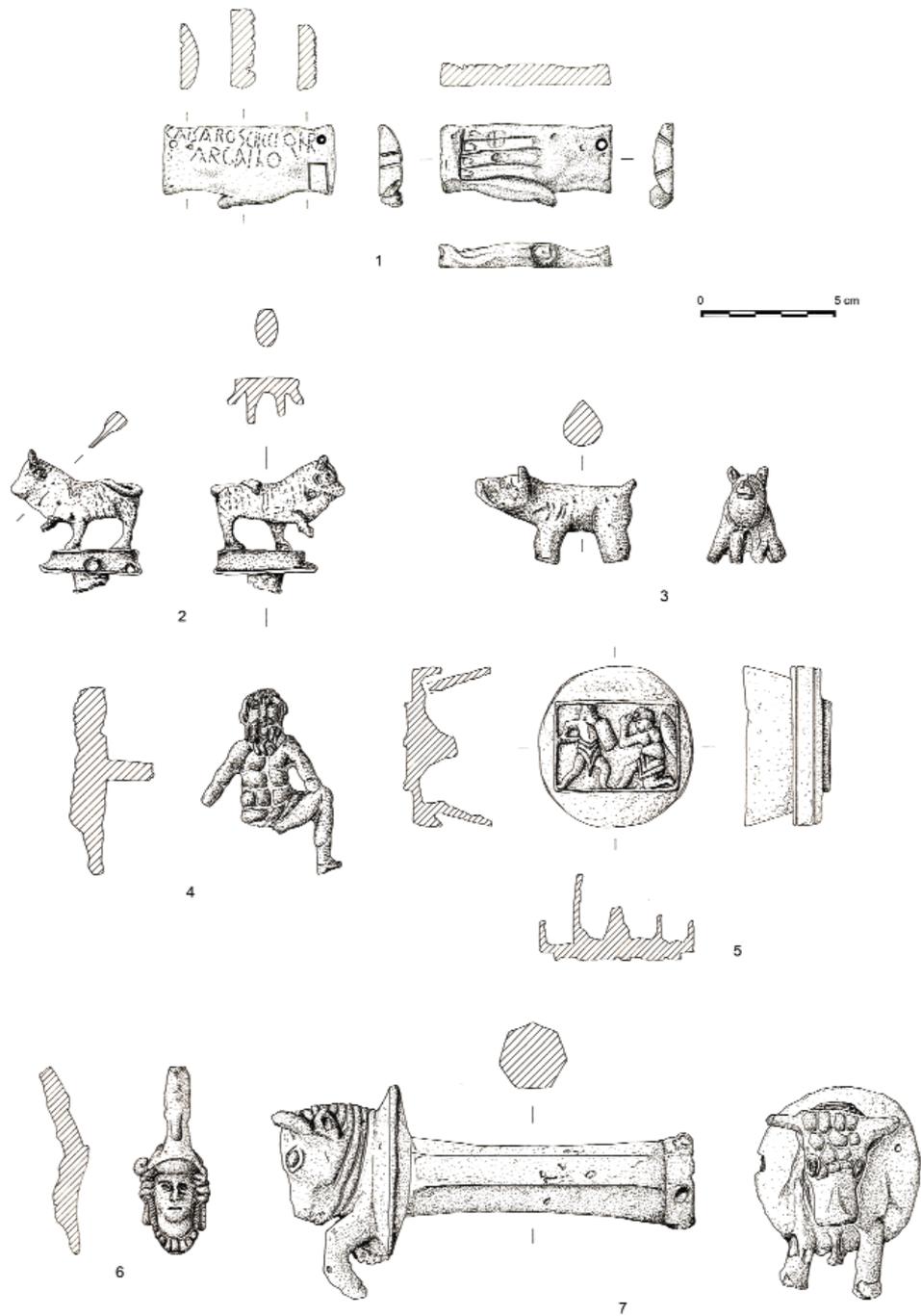


Fig. 5. Objetos arqueológicos procedentes de La Ciudad.

El panorama material romano se completaría con algunos elementos especiales de hueso, caso de un *acus crinalis* decorado en su extremo en forma de cabeza humana, y con una nutrida representación numismática que abarca una generosa muestra de cuños republicanos de muy diversas procedencias y una no menos extensa colección de piezas imperiales fechadas entre el siglo I y el IV d.C.

En líneas generales, los materiales aquí expuestos gozan por sí mismos de un interés especial que les ha llevado en no pocas ocasiones a ser merecedores de permanecer expuestos en las vitrinas del Museo de Palencia. En realidad podemos decir que desde un punto de vista museográfico la colección procedente de Paredes de Nava es de lo más completa, ya que permite trasladar al público actual, siempre que se cuente con los medios didácticos adecuados, la realidad histórica de los periodos prerromano y romano de la región. Desde una mirada científica, una óptica en absoluto reñida con la anterior, los objetos descritos nos muestran variados aspectos de la vida pretérita del yacimiento. Nos desvelan sus coqueteos con la metalurgia de la Edad del Bronce, sus inicios como poblado estable en la primera Edad del Hierro, su expansión durante la fase vaccea, su resistencia al paso de la romanización y su declive en época tardoantigua. Pero no se reduce el valor de estas baratijas, recolectadas a lo largo de más de un siglo por manos ilusionadas aunque profanas, a la definición de un marco temporal entre la Prehistoria y la Historia, sino que aquellas permiten intuir aspectos más concretos referidos a la vida económica de la ciudad —monedas—, a las relaciones comerciales mantenidas por sus habitantes —cerámica de importación—, a los vínculos sociales de los que dependen —téseras de hospitalidad—, a la especialización laboral o a la tecnología alcanzada —alfarería, metalurgia—; toda una serie de áreas de estudio en fin, a través de las cuales se nos permite acceder en mayor o menor medida al conocimiento del enclave paredeno y de su papel en el territorio meseteño en el que se inscribe. Contribuye por lo tanto nuestro resumen a pergeñar una visión de La Ciudad de Paredes de Nava como una destacada y crucial población tanto en época celtibérica como tras la conquista y su incorporación a la red de control administrativo del Imperio.

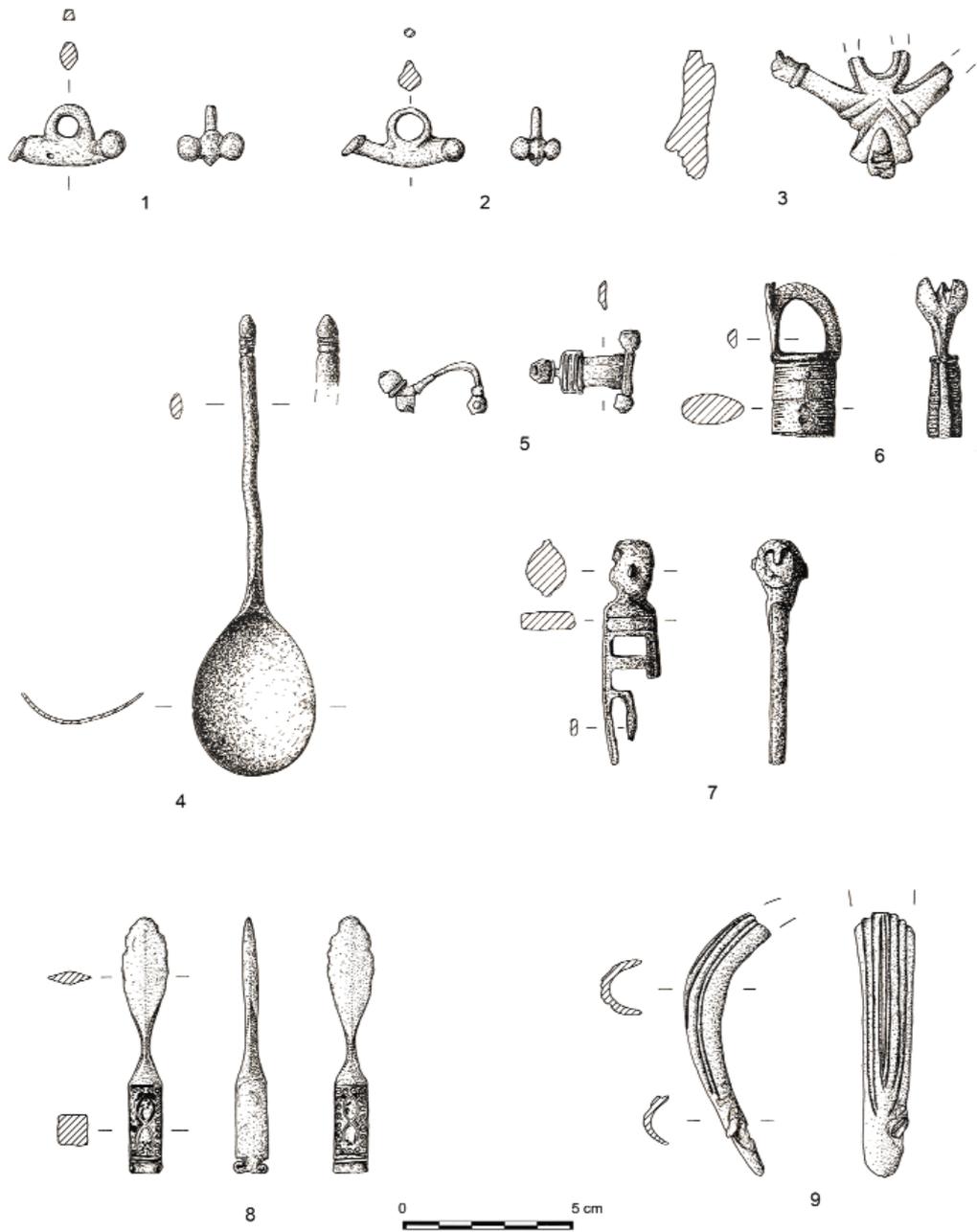


Fig. 6. Objetos arqueológicos procedentes de La Ciudad.

Paredes de Nava en su territorio, un enclave vacceo en la cuenca de la Nava

El modelo de poblamiento en época vaccea fue definido con cierto grado de insistencia durante los años 90 del siglo pasado, cuando los esfuerzos de los especialistas sobre el periodo hicieron surgir toda una serie de trabajos en los que se podía apreciar un somero y saludable toque de dialéctica. En obras como *Arqueología Vaccea* (Romero, Sanz y Escudero, 1993) y *Arqueología y Medio Ambiente* (Delibes, Romero y Morales, 1995), editadas por la Junta de Castilla y León y la Universidad de Valladolid, así como en revistas y reuniones científicas, se pusieron las bases para el estudio de los asentamientos vacceos, estableciendo una serie de parámetros de análisis que, por el momento, no han sido superados. Desde entonces cada vez que abordamos el estudio de un centro de poblamiento vacceo y de su relación con el entorno, los que nos consideramos deudores de aquellos especialistas acudimos a la definición genérica que del modelo se hacía en ese momento, intentando más tarde adaptar los datos por nosotros aportados a dicha percepción (Abarquero y Palomino, 2006). Dentro de una realidad arqueológica bastante evidente, la constatación de núcleos de población grandes y muy alejados unos de otros, se dibujaban dos tendencias. La primera de ellas es un modelo articulado (San Miguel, 1993) dentro del cual tiene cabida la presencia de determinadas *civitas*, entendidas como centros de distribución regular que dominarían un territorio siempre amplio y jerarquizarían un número variable de *oppida*, vertebrando a la vez su actividad económica, política y social. Este patrón, que nunca llegaría a alcanzar cotas de jerarquización similares a las vividas en otros territorios cercanos, tendría por otra parte su origen en el intenso proceso de aculturación y estímulos meridionales sufrido por el substrato de las gentes del Duero medio a partir del siglo VI a.C. La segunda de las propuestas considera el *oppidum* como la única unidad de poblamiento (Sarcistán, 1994). En este caso, pese a aceptar la existencia ocasional de cierto grado de subordinación de unos poblados a otros —caso de Tordehumos, Villagarcía de Campos y Medina de Rioseco a Montealegre, o Mota del Marqués y Torrelobatón a Tiedra—, se niega la vertebración jerárquica del poblamiento por no encontrar rasgos en las pretendidas *civitas* que les hagan destacar sobre el resto de las poblaciones del momento. En este particular proceso de producción de formas espaciales

jugaría, al contrario que en la propuesta anterior, un papel muy importante la propia organización social del substrato indígena (Sacristán, 1995).

En cualquier caso, a partir de los estudios mencionados (Delibes *et alii*, 1995; 105, San Miguel, 1993; Romero *et alii*, 2008: 684-685; Sacristán *et alii*, 1995; Sacristán, 1995) se establece un modelo de poblamiento para el centro de la cuenca del Duero que parece superar las fronteras del pueblo histórico de los vacceos, alcanzando particularmente a los poblados turmódigos y a algunos arévacos de este lado del sistema ibérico. Sus características se pueden resumir en los siguientes enunciados: agrupación del poblamiento en centros de gran tamaño, acomodación a las líneas marcadas por las unidades naturales que articulan el territorio, e irregularidad en las pautas de distanciamiento entre los asentamientos en función de las características del espacio natural que ocupan. Otros detalles, como ciertos tipos de emplazamiento y la escasa intervisibilidad, completan el esquema. Nuestra tarea consiste ahora es comprobar hasta qué punto cumple La Ciudad de Paredes de Nava estos rasgos, y dónde se pueden contemplar las diferencias con el modelo, a fin de dar respuesta a una posible singularidad.

Con los datos arqueológicos puestos sobre la mesa, o mejor dicho, sobre un mapa de dispersión, queda en evidencia en el entorno de Paredes de Nava el proceso de sinecismo que tuvo lugar en el tránsito de la primera a la segunda Edad del Hierro, un fenómeno de concentración de los pequeños asentamientos en unos pocos poblados de grandes dimensiones ampliamente constatado entre los vacceos (Romero *et alii*, 2008: 682). M. Rojo (1987) contabilizaba en la antigua cuenca de la Nava un total de 16 yacimientos⁸ asignados a la primera Edad del Hierro, es decir, al grupo cultural Soto; mientras que durante el periodo vacceo en el mismo territorio la ocupación se reduce a tan sólo tres estaciones. Efectivamente, en el momento más antiguo era perceptible un poblamiento regular con cierta independencia respecto a los cursos de agua, con estaciones que ocupaban lugares destacados sobre la llanura —*tells*— o en los avances de páramos. En época vaccea se produce una visible reducción del número de lugares de habitación quedando sólo tres, todos ellos herederos de una ocupación anterior y protagonistas de un inequívoco

⁸ En aquel estudio se señalan 17 enclaves, aunque uno de ellos se halla ya en la provincia de Valladolid. Por otra parte, este número se ha visto superado en la actualidad tras la realización del Inventario Arqueológico Provincial.

proceso de concentración de la población en el que tuvieron que ver sin duda los avances tecnológicos y los cambios económicos. Los tres yacimientos que protagonizan este fenómeno son: La Ciudad de Paredes de Nava, con más de 70 ha en su conjunto, el caso de Cisneros, en cuyos alrededores se articulan varios espacios con importantes vestigios de la época que alcanzan unas 7 ha, y El Cerro de San Pelayo de Castromocho, que llega a ocupar según los datos del I.A.CyL más de 60 ha. Los tres puntos (Fig. 1), por otra parte, dibujan un triángulo de vértices prácticamente equidistantes sobre la comarca —cuenca de la antigua Laguna de la Nava—, de tal manera que nos hace sospechar que dicha distribución regular pudo haber sido un aspecto premeditado. La trayectoria cultural previa, el potencial económico y la ubicación geográfica, entre otras circunstancias, debieron ser las razones por las cuáles fueron estos y no otros los lugares elegidos para protagonizar el proceso de concentración de la población.

En cuanto a las características que definen el propio asentamiento de La Ciudad, podemos decir que se adaptan con facilidad al modelo propuesto. Se trata de un enclave de grandes dimensiones, por encima de las 73 h., lo que le convierte en uno de los de mayor tamaño del territorio vacceo. El emplazamiento responde al tipo A1 descrito por Sacristán *et alii* (1995: 344) como un cerro diferenciado en el borde del páramo, aunque con la particularidad derivada de su extensión, lo que se traduce en la ocupación de un amplio y sinuoso frente. Pese a todo, responde a la máxima de acomodación a los bordes de la paramera en torno a la línea de los 800 m (Sacristán *et alii*, 1995: 553), superándola ligeramente, ya que su altitud media se encuentra en los 850 m. Denota también el emplazamiento una clara vocación estratégica y permite el control de las tierras del entorno que se constituyen en un territorio de explotación con más del 50% del terreno apto para el laboreo sistemático (Sacristán *et alii*, 1995: 353). Por otra parte, y al igual que en la mayoría de los enclaves vacceos, se reconocen gracias a la fotografía aérea y a la prospección geomagnética trazas de un urbanismo planificado con calles o viales de organización interna y claras estructuras defensivas.

Otra de las pautas marcadas por la ocupación de territorio en época vaccea es la adaptación a la red fluvial mayor, un aspecto que, en el caso de Paredes, hemos de reconocer no se cumple con rigurosidad. Mientras que las otras dos ciudades contemporáneas de la comarca, Cisneros y Castromocho, se ubican en el recorrido del río Vadeginate, La Ciudad se

enclava en uno de esos interfluvios desacostumbrados a la presencia de los grandes *oppida* vacceos, entre el mencionado río y el Carrion, cerca de reducidos y hoy intermitentes cauces menores. Este incumplimiento de la norma no debe, sin embargo, ser entendido como un desajuste del modelo, sino más bien como una adaptación del mismo a la peculiaridad de la Tierra de Campos, extenso territorio de aptitud agrícola cuya irrigación es responsabilidad de la red fluvial secundaria y del acuífero subterráneo. En cualquier caso no es el de Paredes el único yacimiento de este signo que se aparta de la citada máxima, como se observa por ejemplo y por otros motivos en el caso de Vertavillo, en la comarca también palentina del Cerrato (Abarquero y Palomino, 2006).

En último lugar hemos de valorar las pautas de distanciamiento e intervisibilidad detectados entre Paredes de Nava y los *oppida* vacceos más cercanos. En el primer caso la distancia al vecino más próximo es de 16 km, la misma hasta Cisneros en dirección Noroeste y hasta el complejo del Cerro de la Miranda, entre Fuentes de Valdepero y la capital palentina, en dirección Sureste. Se trata, por lo tanto, de un recorrido superior a los 12 km propuestos en el modelo (Sacristán *et alii*, 1995: 352) y acorde con el detectado en el resto de la región. Más alejados se hallan aún Castromocho, a 18 km hacia el Suroeste, y Carrión de los Condes, 21 km en dirección Norte, sobrepasando ya el resto de las distancias los 30 km (Fig. 1). Estos datos nos obligan a pensar que no se repite aquí la peculiaridad que se sufre en la Tierra de Campos vallisoletana (San Miguel, 1993; Sacristán *et alii*, 1995: 353), donde la sobredimensionada concentración de poblados de la primera Edad del Hierro se traduce luego en una mayor presencia de establecimientos vacceos de menor tamaño y escasamente alejados entre sí.

En cuanto a la ausencia de intervisibilidad pregonada en algunos trabajos (Sacristán, 1993) y relativizada en otros, observamos en nuestro caso algunas particularidades (Lión y Lión, 1996). Es cierto que existe una conexión visual con el Cerro de la Miranda o con Castromocho y, más allá de éste, con Tariego, e incluso con Montealegre de Campos del que dista 35 km. Sin embargo, y salvo la interposición de suaves parameras que impiden la visibilidad con lugares como Cisneros, ello se debe nuevamente a la topografía de la comarca de Tierra de Campos en la que predominan los grandes espacios despejados. No podemos olvidar, por otro lado, la mayor densidad de la masa arbórea de las parame-

ras y cerros entre los distintos enclaves, aspecto que dificultaría el control visual.

Nos hallamos, en definitiva, ante un enclave que se adapta, pese a algunos rasgos singulares en absoluto ajenos a otros yacimientos, al modelo de poblamiento vacceo propuesto por los especialistas. Un asentamiento de grandes dimensiones —de los más grandes—, con un emplazamiento en borde de páramo, con aptitud defensiva y con huellas de urbanismo planificado, convenientemente distanciado de los vecinos más próximos y con un amplio territorio de explotación propicio para el laboreo sistemático. Quedaría, por último, definir el grado de importancia del *oppidum* en comparación con sus contemporáneos, aunque esto nos llevaría a dilucidar si el modelo acepta la presencia de núcleos jerarquizadores con carácter de *civitas* (Delibes *et alii*, 1995: 106; San Miguel, 1993), las cuales se corresponderían con las ciudades citadas por las fuentes, o, por el contrario, no contempla la posibilidad de afinar en este sentido a partir de la disparidad de los rasgos argumentados para su definición (Sacristán, 1994). Como, ciertamente, creemos que semejante tarea excede las pretensiones de nuestro trabajo de presentación del yacimiento de La Ciudad, nos conformamos con plantear que en el mismo concurren toda una serie de aspectos que, dimensionados en su justa medida y en comparación con los datos obtenidos en otros lugares, nos llevarían a pensar que nos hallamos ante una de esas grandes urbes que protagonizan el poblamiento vacceo.

La Ciudad de Paredes de Nava y la localización de *Intercatia*

Lejos de pretender resolver una cuestión que tiene más éxito en los foros de Internet que en las publicaciones científicas, nuestra intención en este caso es la de replantear, puesto que no se trata de la primera vez que se hace⁹, la posible ubicación de la *Intercatia* de las fuentes clásicas¹⁰ en el pago de La Ciudad de Paredes de Nava. Y no porque estemos convencidos de ello, sino más bien porque entendemos que ciertos

⁹ Antes lo hicieron el Padre Fita, Navarro o Becerro de Bengoa.

¹⁰ La famosa ciudad a la que, según el relato de Polibio y Apiano, llega el general Lúculo en el año 151 a.C. y donde tiene lugar el célebre combate singular protagonizado por Escipión.

datos estrictamente arqueológicos podrían apoyar tal hipótesis. Ciertamente que las indicaciones de uno de los principales documentos usados para la identificación de ciudades antiguas en *Hispania*, el famoso Itinerario Antonino, no parecen acoplarse a nuestros intereses —puesto que el recorrido de su vía 27 en la que se incluye la mencionada ciudad parece discurrir más cercano al Duero— y que las distancias a las ciudades más próximas resultan incompatibles con las reales; sin embargo, no es menos cierto que el mismo documento es totalmente ineficaz a la hora de localizar otras ciudades de indudable identificación como Toledo, o que la distancia dentro de la misma vía 27 entre Clunia y Roa, dos enclaves igualmente claros, no se ajusta plenamente a la realidad. Por este motivo y porque existen voces como las de L. Zapico y G. Arias que apuntan la posibilidad de que el listado de ciudades recopilado en aquel documento no haga referencia a un recorrido lineal, creemos que su traslación directa a los mapas actuales no debe ser argumento suficiente para desestimar ninguna hipótesis.

La Ciudad de Paredes de Nava es, sin duda y como hemos presentado en este trabajo, un destacado emplazamiento de cronología vaccea, con una ubicación topográfica que domina el entorno, unas dimensiones escasamente alcanzadas en otros enclaves, una estructuración urbana muy desarrollada y una dimensión económica relevante a juzgar por la circulación monetaria y por la riqueza de algunos de sus ajuares, dato este último que permite hablar también de la presencia de una encumbrada sociedad de guerreros digna de la más destacada de las urbes indígenas. La ocupación se continúa, por otra parte, durante la época romana, permaneciendo activo el enclave hasta los últimos siglos del periodo tal y como se traduce también de la colección numismática. Los rasgos descritos por sí solos son suficientes para afirmar que La Ciudad constituyó uno de los núcleos poblacionales más destacados del momento en el que se produce la llegada de las legiones romanas, razón por la que creemos bastante improbable que a los historiadores que se hicieron eco de la misma les pasara desapercibida.

Estéril empeño sería obcecarnos ahora en pretender para esta populosa urbe el nombre de *Intercatia*, sin embargo, no queremos dejar de recordar en este momento la recuperación bajo el suelo de La Ciudad de Paredes de Nava de dos téseras de hospitalidad en las que aparece escrito el gentilicio *intercatiense*: la que perteneció a González Arenillas (Amo y Pérez, 2006: 68-70, Hübner; 1972: 45-47) y redacta un pacto entre un

intercatiense —Acces Licirnio— y la ciudad de *Pallantia*, y la publicada recientemente por Castellano y Jimeno (1999) donde figuran Tito Fronto, un personaje de origen *turiasonense* —gentilicio de Tarazona—, y el pueblo *intercatiense*. ¿No sería posible plantear que ambos documentos acabaran perdidos precisamente allí donde más posibilidades tenían de hacerlo, bien en el punto de origen de uno de los contratantes en el primer caso, bien en la propia ciudad donde se había suscrito en el segundo?

Bibliografía

- ABARQUERO MORAS, F.J. y PALOMINO LÁZARO, A.L. (2006): “Vertavillo, primeras excavaciones arqueológicas en un *oppidum* del Cerrato palentino”. *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 77, pp. 31-116.
- AMO Y DE LA HERA, M. DEL y PÉREZ RODRÍGUEZ, F.J. (2006): *Guía. Museo de Palencia*. Palencia: Junta de Castilla y León.
- BALMASEDA MUCHARAZ, L.J. (1984): “El territorio palentino en época romana”. En J. González, Coord, *Historia de Palencia I. Edades Antigua y Media*. Diputación de Palencia, Madrid, pp. 66-127.
- BECERRO DE BENGOA, R. (1993): *El libro de Palencia*. Edición Facsímil de la original de 1824. Palencia.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1931): “Tipología del puñal en la cultura de Las Cogotas”. *Archivo Español de Arte y Arqueología*, VII, pp. 221-241.
- (1937): “Decoraciones hispánicas II. Broches de cinturón de bronce, damasquinados con oro y plata”. *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 38, pp. 93-126.
- CARDEÑOSO PAJARES, L. (1926): *Reseña histórica de la villa de Paredes de Nava*. Palencia.
- CASTELLANO, A. y JIMENO, H. (1999): “Tres documentos de *hospitium* inéditos”. En *Pueblos, Lenguas y Escritura en la Hispania prerromana, Actas del VII Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*, (Zaragoza, 1999), Salamanca, pp. 359-374.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F. y MORALES MUÑIZ, A. (eds.) (1995): *Arqueología y Medio Ambiente, El primer Milenio a.C. en el Duero Medio*, Junta de Castilla y León, Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F. y RAMÍREZ RAMÍREZ, M. L. (1995): “Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio”, en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F. y Morales Muñoz, A. (eds.): *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio A.C. en el Duero Medio*, Valladolid, pp. 49-146.
- ELORZA, J.C. (1975): “Bronces romanos del Museo de Palencia”. *Archivo Español de Arqueología*, 48, Madrid, pp. 159-166.

- FITA, F. (1888): "Noticias", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, T. 13, cuaderno V, noviembre de 1888, pp. 328-331.
- GARABITO, T., PRADALES, D. y SOLOVERA, M.E. (1989): "Los alfares romanos riojanos y la comercialización de sus productos en la provincia de Palencia". *Actas del I Congreso de Historia de Palencia, Tomo I, Arte, Arqueología y Edad Antigua* (Palencia, 1985), Palencia, pp. 449-516.
- GARCÍA ROZAS, R., DOMÍNGUEZ BOLAÑOS, A. y ABÁSULO ÁLVAREZ, J.A. (1987): "Tres panteras de bronce y una figura de gladiador procedentes de Paredes de Nava y Saldaña". *Actas del I Congreso de Historia de Palencia, Tomo I, Arte, Arqueología y Edad Antigua*, (Palencia, 1985), Palencia, pp. 573-580.
- HÜBNER, E. (1872): *Ephemeris epigraphica*, Tomo I, Berlín, pp. 45-47.
- (1892): *Corpus Inscriptionum Latinarum, Supplementum* (C.I.L II).
- JIMENO, A., DE LA TORRE, J.I., BERZOSA, R. y MARTÍNEZ, J.P. (2004): *La Necrópolis Celtibérica de Numancia*. Soria: Junta de Castilla y León. Memorias, Arqueología en Castilla y León, 12,
- LIÓN BUSTILLO, M.C. y LIÓN BUSTILLO, F.J. (1996): "Notas sobre la distribución espacial de los yacimientos de la segunda Edad del Hierro en la Tierra de Campos Palentina". En *III Congreso de Historia de Palencia, Tomo I, Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua*, (Palencia, 1995), Palencia, pp. 189-202.
- MARTÍN VALLS, R. (1984): "Prehistoria palentina". *Historia de Palencia, Edades Antigua y Media*. Diputación de Palencia. Madrid, pp. 32-35.
- (1990): "Los 'Simpula' Celtibéricos". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVI, pp. 144-166.
- MOURE ROMANILLO, J.A. y ORTEGA MATEOS, L. (1981): "Fíbulas con esquema la Tène procedentes de Paredes de Nava (Palencia)". *Nymantia I*, Valladolid, pp. 133-146.
- (1981): "Nuevos hallazgos de cajitas celtibéricas en la provincia de Palencia". *Nymantia I*, Valladolid, pp. 185-188.
- NAVARRO GARCÍA, R. (1932): *Catálogo Monumental de la Provincia de Palencia: Carrión de los Condes y Frechilla. Tomo II*. Palencia.
- NIETO GALLO, G. (1941): "Trabajos del Seminario: Excavaciones en Paredes de Nava (Palencia)". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, VII, XXV-XXVII. Valladolid, p. 221.
- (1942-43): "Excavaciones realizadas por el seminario: el yacimiento prerromano de Paredes de Nava (Palencia)". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, IX, XXXI-XXXIII. Valladolid, pp. 189-190.
- ORTIZ DE LA TORRE, R. (1902) *Manuscrito Original inédito*.
- PALOL SALELLAS, P. (1963): "Dos pendientes celtibéricos de oro hallado en Paredes de Nava (Palencia)". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XXIX. Valladolid, p. 239.
- (1967). "Bronces romanos de la provincia de Palencia". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XXXIII. Valladolid, pp. 236-240.
- PALOL SALELLAS, P. (1968-69): "Más bronzes romanos de la provincia de Palencia". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XXXIV-XXXV. Valladolid, pp. 308-312.
- PÉREZ CENTENO, M. R. (1990): "El poblamiento romano en Palencia durante el siglo III". En *Actas del II Congreso de Historia de Palencia, Tomo I, Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua*, (Palencia, 1989), Palencia, pp. 713-730.
- PÉREZ GONZÁLEZ, C. y FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C. (1989): "Sellos de Alfarero sobre mortaria en la Península Ibérica". *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 60, pp. 67-98.
- ROJO GUERRA, M. A. (1985): *Edad del Bronce y Primer Hierro en la Tierra de Campos palentina: Antigua cuenca de la Nava*. Universidad de Valladolid. Memoria de Licenciatura inédita.
- ROMERO, F., SANZ, C. y ESCUDERO, Z. (eds.) (1993): *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C. y ÁLVAREZ SANCHÍS, J. (2008): "El primer milenio A.C. en las tierras del interior peninsular". En F. García Alonso (coord.): *De Iberia a Hispania*, Ariel Prehistoria, Madrid, pp. 649-731
- SAGREDO SAN EUSTAQUIO, L. y CRESPO ORTIZ DE ZÁRATE, S. (1978): "Epigrafía Romana de la provincia de Palencia". *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 40, pp. 125-184.

- SACRISTÁN DE LAMA, J.D. (1994): “Apuntes sobre la geografía poblacional vaccea”. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LX, pp. 139-152.
- (1995): “Reflexiones en torno al modelo de poblamiento de época celtibérica en la cuenca media del Duero”. En Burillo, F. (coord.): *Poblamiento Celtibérico, III Simposio sobre los Celtiberos*, (Daroca, 1991), Zaragoza, pp. 368-371.
- SACRISTÁN, J.D., SAN MIGUEL, L.C., BARRIO, J. y CELIS, J. (1995): “El poblamiento de época celtibérica en la cuenca media del Duero”. En Burillo, F. (coord.): *Poblamiento Celtibérico, III Simposio sobre los Celtiberos*, (Daroca, 1991), Zaragoza, pp. 337-367.
- SAN MIGUEL MATÉ, L.C. (1993): “El Poblamiento de la Edad del Hierro al occidente del valle medio del Duero”. En Romero, F., Sanz, C. y Escudero, Z. (eds.): *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid, Junta de Castilla y León, pp. 21-65.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1997): *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Salamanca, Junta de Castilla y León, Memorias, Arqueología en Castilla y León, 6.
- SCHÜLE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel. Mediterrane und eurasische elemente in früheisenzeitlichen culturen südwesteuropas*. Deutsches Archäologisches institut Abteilung Madrid. Berlin.
- SOLANA SAINZ, J.M. (1990): “El proceso de anexión del territorio de Palencia y su integración en la provincia Hispania Citerior”. *Actas del II Congreso de Historia de Palencia, Tomo I, Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua*, (Palencia, 1989), Palencia, pp. 605-654.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1947): “Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional” (1940-1945), *Cuerpo Facultativo de Archiveros, bibliotecarios y Arqueólogos*, Madrid, 46, 80-81, 83 y 130.
- TERESA LEÓN, T. (1968): “Historia de Paredes de Nava”. *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*. Palencia.
- WATTENBERG SEMPERE, F. (1959): *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca Media del Duero*. Madrid. *Biblioteca Praehistorica Hispana*.